

Maithé Riera

La CAF no se corre en solitario

Mamá, sé que capaz te asustaste con esta obsesión que me dio de correr el maratón. Tú sabes cómo soy yo cuando se me mete algo entre ceja y ceja, pero ¡tenía que hacerlo! Sé que te pareció extremo el entrenamiento: las salidas tempranas, las lesiones, la pérdida de uñas, pero después de haber corrido la media, ¿cómo no querer correr la ciudad completa?

Dejé todo preparado desde la noche anterior, hice todo de puntillas, aunque sé que eso no vale de nada porque desde que nacimos tienes ese oído agudísimo. ¿Que si llamé a un mototaxi? ¡Claro, mamá! Con toda la ciudad cerrada, ¿cómo esperabas que llegara a la salida?

Ajá, pero déjame contarte. Llegué a buena hora y, típico, me dieron ganas de hacer pipí. Claro que hice antes de salir, mamá, pero coye estaba nerviosa, pues. Hice mi trámite y me fui al corral -no, mamá, así se llaman las secciones desde las que salimos- y allí me encontré un grupito del club de corredores y trotamos un ratito, calentamos y todo chévere. Cuando me acerqué a la salida mi corazón quería salir corriendo primero. ¡Qué emoción! Es que se me pone la piel de gallina de sólo recordar aquello... ¿Que si me persigné? ¡Claro! Y ahí fue cuando te vi. ¿Qué hacías tú ahí si habíamos quedado en que nos veríamos en la llegada? No, no es que me moleste, mamá, pero cónchale, uno tiene que cuidar su frecuencia cardiaca y tú ahí y a esa hora me volviste el pecho un tambor.

Dijeron “¡partida!” y nada, a correr se ha dicho. Yo no pude hacer el ritmo lentejoso que me dijo el coach, imposible, mamá, ¿con esa

emoción? Bueno, pero no me regañes que después de ese kilometrico dije “Maithé, ¿te frenas o te freno” y me puse en velocidad crucero. Pasé por al lado del Museo de los Niños. ¿Te acuerdas cuando ya no quise entrar en la molécula porque Ari ya era muy grande? Me acordé de eso ahí en plena carrera y me dio risa la cosa. Corrí sabroso la Bolívar, bonito ver todo eso sin gente, parece otra ciudad. Pasamos por un costado de las torres esas que están en Plaza Caracas por una callecita que parece cachete de adolescente con acné severo, por los huecos, pero uno va pilas con pisar bien. Doblamos y de frente aparecieron las escaleras de El Calvario, ahí escuché unos tambores. ¿Que si la gente estaba despierta? ¡Claro! ¡Si hasta nos aplaudían de los balcones unos cuantos empijamados!

Mamá, la avenida San Martín es eterna y como de allí sólo me emociona la iglesia de los franceses se me hizo un poquito larga. Me concentré en la música y cuando vine a ver ya estaba saludando al O’Higgins de Maragall en esa bajada que, ajá, llegué al Puente de Los Leones y ya estaba en mi salsa. ¡Qué lindo es El Paraíso a esa hora! Y la gente demasiado linda dándole ánimos a uno. Cuando llegué a La India vi a Ana Junior. ¡Síiiii, mamá! Es que su esposo estaba corriendo el maratón también. Me dio mucha emoción chocarle la mano. En todo el tramo de El Paraíso la gente la dio y había sombrita en la mayoría de los trechos. ¿Samuel? No, mamá, ese seguro se quedó dormido. ¿Y viste cómo subí Roca Tarpeya? ¡Claro que te vi, mamá! Yo sé que estabas “y que” escondiéndote. Ja, ja, ja. Me dio risa tu cara de que lo estabas logrando y con esa subida. ¿Qué te voy a decir si estaba pendiente de que no se me disparara la frecuencia cardíaca? Una vez arriba lo que sigue también es una subida que no juega carrito, pero nada, para eso era el entrenamiento de cuestas y se logró.

La avenida Victoria me encontró con el sol de frente. Sí, mamá, mucho lente y mucha gorra, pero na’ guará, ¡qué calor! De ahí en adelante me empecé a echar agua encima. Sí, claro que me refrescaba, pero por raticos, se secaba y volvía a sentirme como un radiador. Seguí corriendo normal hasta que vi a Nuloha. Ay sí, mamá, ¡ella sí logró salir de la cama! Me esperó en la avenida con todo y pijama. La saludé

y le dije que la quería, ven y te muestro el video que me envió, o mejor después de que te eche el cuento porque luego te tienes que ir y no termino.

Nada, avenida Victoria: lista. Cuando llegué a Los Próceres, una belleza. Casita, pues. Allí la cercanía a nuestro Valle me dio energías. Hasta los monolitos. Saludito a Bolívar, a Miranda y a Sucre, torcidita de ojos al intenso de Páez y a dar la vuelta. Sin darme casi cuenta hice Los Próceres. ¡Ay, mamá! Cuando llegué a la redoma de Los Ilustres me dieron unas ganas de comerme una empanada... Sí, vale, el olor del puestico ese que está allí me mató. Pero nada, seguí corriendo. ¡Claro que sabía que ibas a estar en Las Tres Gracias! Ah pues, mamá, si ya estabas en Roca Tarpeya, obvio que ibas a estar donde siempre me esperas para desayunar. Te iba a gritar “vamonos pa’ la Codazzi” pero como el maratón es todo de administrar la energía me quedé con las ganas.

Siiiiii, me persigné en la parroquia, mamá, pero no por la iglesia sino por mi casa que vence las sombras, ja ja ja, bueno, por las dos cosas. Pasamos los estadios, entramos a Plaza Venezuela y allí, cuando se dividen los que hacen la media de los que hacen el maratón, estaba Anyo con toda la tribu. La fisio, mamá. Me gritó “te veo bien” y yo como que me lo creí porque me dio un empujón de ánimo.

La carrera de aquí pa’lante es rara, mamá. Es seria. Ya hay menos corredores y menos gente animando en estos trechos, entonces la cosa es heavy heavy. No me vas a creer lo que me pasó llegando al Meliá: los audífonos dijeron “chao” y se apagaron. ¡Claro que los cargué! Bueno, la cosa es que no funcionaron de ahí en adelante. Entonces, imagínate, me dije a mí misma: “mi misma, eres tú y tus pensamientos y mejor que sean bonitos porque ahora es que falta”.

Pasé frente a la oficina, sí, mamá, la ruta tiene un pedacito en El Rosal, vi al vigilante y le grité “nos vemos el lunes”, yo creo que no me reconoció porque no respondió. Di la vuelta por la Alcaldía y al final de esa calle que es bajada. Adivina quién estaba. ¡Ana Junior! Me saludó otra vez y ese fue el video que anda por allí. Ya en la principal de Las

Mercedes había asistencia médica, full panas. Una chama en su bicicleta tenía hielo y me gritó “mi negra, ¿estás bien?” y yo “fino”, me dijo que agarrara hielo y que luego me venía a ver. Tú sabes que a mí no me gusta correr en Las Mercedes por el solazo. Bueno, cuando pasé por allí, justo en donde estabas tú en el Migas’, una nube se posó frente al sol y así se quedó hasta que llegué a Chuao. Sí, mamá, cosas de Dios, yo ahí pensé: “Diosito, tú quieres que yo haga mi primer maratón”, y nada, seguí: zas zas. Cuando entré a Chuao, con El Ávila despejado en tamaño panorámica, fue como una emoción, como esa que dice la gaita que le da a los maracuchos. Seguí y en la policía de Baruta que está más adelante había una familia bien bonita: mamá, papá y dos varoncitos. El papá les dijo “miren, miren, chóquenle la mano” y les enseñaba como me debían extender el brazo. Ay, mamá, cuando les choqué las manos el más chiquito saltó de alegría. Me sentí tan bonito. Ese carricito me dio ganas de seguirle dando, porque ¿cómo me voy a parar después de eso?

La cosa por la Río de Janeiro se puso color de hormiga. No, mamá, es que ahí está la que llaman “la pared”, esa distancia tope a la que llega la mayoría y que es difícil de vencer. Ahí vi gente tirando la toalla, es que estaba rudo. Y ahí me sorprendió un pensamiento: “Yo también me quiero ir”. ¡Claro, mamá! Es que ahí ya es la locura, el cansancio, todo, pero me dije “izape! Mira hacia el frente”, y ahí mismo empecé a cantar mentalmente. “Yo sin ti no vivo más”. No sé, lo único que me vino a la mente fue esa canción de Salserín. ¡Dime tú! Llegué a la Francisco de Miranda. Me alegré de ver gente, aunque fuera gente que iba a trabajar. Yo seguí con mi pasito tun tun y por ahí por Los Cortijos escucho “Maitheeeee” y ahí fue que las vi a ustedes. Te fajaste, mamá, perdón que no me acerqué a la parada, pero es que cualquier pasito de más a estas alturas me mataba. No sé en qué momento la pareja de la hermana de Víctor decidió subir conmigo el elevado. ¡Pero se lo agradezco! En el momento que puse un pie en él sentí la ola de calor. Dante se quedó pendejo con su infierno. El nivel de calor que emanaba de las placas de metal era para llorar.

Cuando terminé el elevado recordé a mi gente de Caucagüita, de Impronta. En cuanto vi ese punto anaranjado el corazón se me disparó. “Ahí viene Maithé”, dijeron y me puse a llorar, mamá. Logramos recaudar más de la meta y ahora a mí me tocaba mi parte: correr. De ahí a la Plaza Altamira se me hizo como un sueño, como estar dormida y despierta. De la nada Evelia me salió al paso y a la altura de la bomba de Altamira escucho que alguien me dice “vamos, guerrera, tú puedes” y iera la Vero Gómez!” Me dio hielos y le dije que mi cuñado la amaba. Luego nada, volví a mi mutismo. Sí, Evelia siguió conmigo, y ella como que vio que yo ya estaba transfigurada, que era otra, me dijo “¿qué quieres?”, le dije “agua” y ¡zas! Se fue y regresó con un agua fría. Pasé El Lido, y luego me dio la pálida. La visión se me nubló, sentí frío. Le dije “tengo frío” y ella me miró, me agarró y me dijo “estás hirviendo, respira profundo”. Yo sé que te asustaste, mamá. ¡Qué mala suerte que me vieras así! En lo que te vi cruzar para agarrarme le dije a Evelia “sigamos”. Es que si te abrazo a ti me quedo allí, y no, ¡ya estaba tan cerca!

Empecé a caminar rapidito y cuando vine a ver ya estaba corriendo. Le pregunté a Evelia hasta dónde me iba a acompañar. “Hasta la meta”. Cuando llegamos a La Previsora, Evelia me advirtió: “A la vuelta va a estar la gente de Cacique, agarra energía, te queda un kilómetro”. Doblamos y ahí estaban Freddy, Anyo, Barbara, Anita. Lloré, mi corazón latía a mil. Evelia los aupaba. No sé cómo logré bajarle a la emoción para seguir. Un kilómetro es poco, pero es mucho cuando llevas cuarenta y uno.

Mamá, lo digo y se me salen las lágrimas: terminando el túnel ese de Plaza Venezuela, Evelia me dice “sonríe, que esta foto que viene es la del recuerdo” y allí veo a Mariela con su cámara. “¡Vamos, reina!” me dice. Salgo de esa oscuridad y me encandilo y cuando vuelve mi visión estoy en El Paseo Colón. Los minutos se hacen eternos. Veo la meta. “¡Vamos, Maithheeee!” me dice un coro y ahí están Yesse, May, Dani, Emi, Ru, María Caro. Evelia me dice “el resto es tuyo” y hago un sprint. Te veo sonreír. Quiero gritarte que ya voy a abrazarte. Espérame que

hay una medalla y un cambur que recoger. ¡Soy maratonista! Yo sé que me viste, sé que desde el cielo sabes que llegamos.